

RETOS QUE PLANTEAN NUESTRAS MÁRTIRES

Los mártires de la fe del siglo XX en España, y en particular nuestras Hermanas, vivieron su fe en condiciones de un fuerte laicismo, propagación del ateísmo y hostilidad ambiental. Al verse expulsadas de sus comunidades y lugares de servicio y misión, amenazadas y perseguidas, buscaron por todos los medios salvar su vida en casas y pensiones que les sirvieron como refugio. Pero la astucia del mal fue más sagaz que su buena voluntad. Y los perseguidores dieron con ellas.



➤ Frente a la crispación y violencia del ambiente *fueron testigos de misericordia, bondad, perdón y reconciliación* haciendo realidad las Bienaventuranzas como parte esencial del Evangelio.

➤ Ante las propuestas de apostasía e infidelidad a la vocación, se manifestaron como testigos firmes de la Fe, invitándonos a confesarla con valentía y coherencia de vida cristiana uniendo de forma inseparable fe y caridad.

➤ Frente al egoísmo y mercantilismo de la sociedad, vivieron la vida y la vocación en gratuidad; la recibieron como un don y la entregaron como regalo, en amor y libertad, para manifestar el amor más fuerte que la muerte, a su Maestro y Señor Jesús.

➤ Ante el empeño de muchos perseguidores por hacer desaparecer a Dios de la vida de los hombres, ellas pusieron de relieve la firmeza de su Fe, la fuerza de su esperanza y la plenitud de su fidelidad al Amor, sellado con su propia sangre.

➤ Frente a la superficialidad religiosa y la falta de fe en el ambiente del momento, ellas cultivaron la vida interior, dieron mucha importancia a la fidelidad en las cosas pequeñas del diario vivir y se prepararon a recibir el martirio como don y expresión de la calidad de su Fe.

➤ Ante la angustia y el miedo que puede producir una muerte violenta cercana, ellas pusieron su fe en Dios, rezaron, acrecentaron su unión fraterna y celebraron la Eucaristía para tomar fuerzas, perdonar y afrontar con fe y serenidad la muerte.

➤ No improvisaron la fortaleza y serenidad de la hora final.

Fue un don del Espíritu Santo que pidieron y acogieron; estaban habituadas a ello porque como Hijas de la Caridad habían vivido la misión de cada día en apertura total al Espíritu Santo que guio sus vidas.

Acojamos el consejo de San Vicente de Paúl: *«Hay entre vosotras algunas que, por la gracia de Dios, aman tanto su vocación que se dejarían crucificar, desgarrar y cortar en mil pedazos antes que sufrir algo en contra de ella por la misericordia de Dios... Ved cómo eran, qué hacían y animaos a imitarlas»*